

QUIMERA

Fabián sufría una extraña patología. Desde bien pequeño, desarrolló un miedo irracional a las esquinas. Sus padres lo percibieron cuando comenzó a gatear. Si se acercaba a la mesita baja del salón con sus salientes amenazadores, se frenaba y la rodeaba manteniendo siempre una distancia prudencial. Si lo cogían en brazos y lo acercaban a algún objeto que presentara puntas, él se ponía blanco y comenzaba a llorar frenético. Su cuerpecito se retorció angustiado entre temblores —aseguraba su madre—, y el blanco no tardaba en volverse rojo. Una fobia, dijeron los psicólogos. Cuando crezca se le pasará.

Durante la adolescencia, comenzó a recortar las puntas de los folios para darles un aspecto más redondeado. E idéntico procedimiento siguió también con los libros. Primero con las cubiertas y luego, una a una, con todas sus hojas.

En su casa solo había mesas y sillas redondas. Las estanterías siempre acababan en uniones con otros estantes, nunca en punta. Su padre había limado cualquier esquina que presentaran los muebles. Incluso las puertas habían sido construidas a medida con los bordes suavizados. Una burbuja. En eso se convirtió su casa. Aunque en la calle todo era distinto.

La ciudad lo recibía con los brazos abiertos cada mañana pero él solo veía esquinas. Cientos de ellas. Miles. Fabián andaba angustiado todo el día con miedo a tropezar con alguna. Por si acaso, nunca se separaba de un pequeño bolso de rayas negras y blancas cuyo interior estaba lleno de gomaespuma, su única arma. O su único escudo, según se mire. En ocasiones, si no tenía más remedio que acercarse a alguna punta peligrosa, la forraba con gomaespuma y eso le hacía sentirse mejor.

A pesar de que nunca le habían gustado las corridas, consiguió trabajo en una plaza de toros. Allí se encargaba del mantenimiento y limpieza del ruedo. La perfecta redondez del coso le proporcionaba algo de calma lejos de la seguridad del hogar, aunque en realidad fuera su casa el único sitio donde conseguía relajarse de veras. En ausencia de esquinas, no tenía que estar concentrado en evitarlas. Y bien es verdad que en casa se relajaba, pero también se sentía vacío.

Y así pasó Fabián los primeros años de juventud. Hasta aquel encuentro.

Un amigo de la escuela lo visitó por sorpresa una mañana. Era hijo de una pareja de millonarios y nunca había tenido que preocuparse por el dinero, así que se había dedicado a viajar por el mundo sin rumbo fijo. Sabedor de la extraña patología de su amigo, le contó que había conocido un país muy lejano en el que existía una ciudad sin esquinas. Fabián no dio crédito en un principio a lo que su antiguo compañero le decía. Pero este le aseguró que era cierto, incluso había hecho fotografías para demostrarlo. Por desgracia, el carrete se había velado y todas se habían perdido. No era necesario. Era tan bello lo que su amigo contaba que Fabián creyó sin fisuras cada una de sus palabras.

Y desde aquel encuentro, como es lógico, no pasó un solo minuto sin imaginarse aquel maravilloso paraíso.

Solo tres días necesitó para convencerse a sí mismo. No tenía sentido seguir perdiendo el tiempo en un lugar donde continuamente se sentía amenazado. Sus padres intentaron convencerlo de

que no se marchara pero el destino que le esperaba era demasiado dulce. Tenía suficientes ahorros, así que dejó el trabajo y compró un billete hacia el país del que su amigo le había hablado. Estaba exultante.

El viaje en avión fue horrible. Una mujer sentada a su lado no paró de ojear una revista de la compañía aérea y, cada vez que pasaba una página, las esquinas de papel rozaban su brazo derecho. Tuvo que pedir a una azafata que le cambiara de asiento, incapaz de soportar las embestidas violentas de la revista.

Si el viaje en avión fue horrible, el resto fue aún peor. Una vez aterrizado, tuvo que tomar varios autobuses, un tren e incluso un burro. Aferrado a su bolso de rayas negras y blancas, se enfrentó a numerosos peligros. Tal vez sin la ayuda de la gomaespuma no lo hubiera conseguido.

Las indicaciones de su amigo eran algo confusas y el camino se hizo más largo de lo esperado. El viaje duró varios días. Pero finalmente llegó.

La ciudad sin esquinas. Allí estaba. Existía.

El gobernador de aquella singular población lo recibió con los brazos abiertos. Una sonrisa perfecta, blanca, reluciente. Le explicó que él sufría el mismo pánico, al igual que el resto de los habitantes. Al principio, hacía años, solo estaba él. Pero poco a poco fue construyendo la ciudad con la ayuda de personas que, al igual que el propio Fabián, padecían aquella extraña obsesión y habían acudido al escuchar la existencia de tan hermoso proyecto. Entre todos, habían conseguido construir la ciudad perfecta.

El gobernador le ofreció alojamiento durante unas semanas mientras encontraba un empleo y Fabián sintió que había encontrado por fin su destino.

Después de instalarse, salió a la calle y, por primera vez, paseó relajado a cielo abierto. La luz del sol lo inundaba todo. Ni una sola nube. Todas las personas con las que se cruzó parecían felices.

Caminaban erguidos, en una postura hasta cierto punto antinatural, casi sin mirar al suelo. Sus ojos poseían un brillo especial. No tienen miedo, pensó Fabián.

Al principio le costó hacerse a la idea de que no había esquinas que amenazaran su tranquilidad. No tendría que preocuparse nunca más. Los edificios eran circulares, los techos tenían forma de bóveda. Mesas redondas, folios redondos. Las calles no se encontraban en cruces, sino en rotondas. Ni un solo cuchillo en punta estaba permitido. Hasta los colmillos de los habitantes habían sido redondeados.

Al llegar la noche, Fabián regresó a la pensión donde se alojaría las primeras semanas. Aún no daba crédito a lo que estaba viviendo. Había encontrado un lugar donde quedarse. Por fin podría vivir sin miedo a golpearse con salientes traicioneros, junto a gente que lo entendía.

Sacó el pijama de la maleta y el tacto de la tela le hizo recordar su otra vida, antes de llegar a la ciudad sin esquinas, hacía ya una eternidad. Olió el pijama e inspiró el aroma del suavizante que había usado siempre su madre. Se lo puso despacio. Sintió la calidez de la tela deslizándose por su piel. Se metió en el baño y se lavó los dientes frente al espejo, mirándose a los ojos. Era ya tarde y los últimos días habían sido agotadores, necesitaba dormir.

Pero se metió en la cama y no pudo evitar sentirse extraño. La ciudad sin esquinas, lo que siempre había soñado. El lugar perfecto. Aquella noche, Fabián no pegó ojo.

Al amanecer, se dio una ducha fría, desayunó un par de rosquillas y organizó la mochila. Caminó hasta la estación y tomó el primer autobús de la mañana. Desde la ventanilla, aferrado como siempre a su bolso de rayas negras y blancas, observó cómo la ciudad sin esquinas se fue haciendo cada vez más pequeña hasta desaparecer por completo.

El viaje, al igual que ocurriera a la ida, se hizo más largo de lo esperado. Cuando días después llegó al aeropuerto, comprendió angustiada que era el momento, no podía alargarlo más. Solo un vuelo lo separaba ya de la ciudad —repleta de esquinas— en la que siempre había vivido. Si quería al menos intentarlo, tendría que continuar solo.

Dejó el bolso lleno de gomaespuma junto a una papelera. Se mareó. Sintió vértigo al comenzar a caminar sin él. Pero también sintió un ligero cosquilleo. Tal vez no fuese demasiado tarde después de todo.



VACÍO

Se arrastra por el pasillo hasta la cocina. Aún en pijama. Pasos lentos y cortos, como se ha hecho habitual en él. Está anocheciendo. Se sirve una taza de té y se sienta en el butacón negro del salón frente a varios ejemplares de la prensa del día. Conoce de memoria las páginas donde anuncian las esquelas. Saca su cuaderno de cuadros y va apuntando los fallecimientos que se han producido en las últimas horas. Algunas gotas de lluvia golpean tímidamente la ventana.

En el ordenador busca detalles sobre los fallecidos —no vaya a ser que a alguien le dé por preguntar— y se hace un esquema con los datos que va descubriendo. Hay días en los no encuentra información y prefiere no arriesgarse.

Hoy tiene suerte. La red está llena de información del difunto. José Manuel Ramírez Belloso. Fallecido a los sesenta y tres años de edad a las dos y veinte del martes 28 de enero de 2014. Su esposa, hijos y nietos no le olvidan.

Mira su reloj. El cuerpo debe reposar ya en el tanatorio. Según los datos que ha encontrado, en el de la avenida de los Claveles. No habrá problema.

Se viste de negro y se calza los zapatos que ella le regaló. Observa el cuadro del pasillo con la foto que se hicieron en el último viaje.

Sale a la calle. Se ha levantado un viento gélido y la llovizna amenaza con convertirse en tormenta. Se pone los guantes y se abrocha la gabardina hasta arriba. No toma el autobús. Prefiere caminar.

Lo primero que hace al entrar en el tanatorio, es meterse en el baño a limpiarse el sudor. Está pálido, incluso más de lo habitual. Se lava la cara y se peina con la mano. Se arregla un poco la camisa y suspira. Otra vez aquí.

Calienta los músculos de la cara haciendo muecas frente al espejo y, cuando cree estar listo, sale en dirección a la sala siete, donde José Manuel Ramírez Belloso y familia lo esperan.

En la sala habrá unas veinticinco personas. Normalmente suele encontrar más gente, pero tampoco está del todo mal. En una ocasión se equivocó en los cálculos y entró en un velatorio con solo cuatro personas, aquello sí que fue un error. Pero veinticinco no es un mal número. Si sabe escabullirse —y tiene experiencia de sobra—, pasará inadvertido.

Cabizbajo, camina arrastrando los pies hasta aproximarse a pocos metros del ataúd. Echa un ojo a su alrededor. Haciéndose el ausente en realidad estudia los demás rostros. Lleva tres años realizando la misma rutina y siempre ha salido bien. No está preocupado, tan solo alerta. Mantiene la tensión necesaria para no cometer errores.

El muerto fue director financiero de una empresa de cosméticos. A los veinte años, se casó con Esperanza Rivera, con la que tuvo tres hijos a los que llamaron José, Manuel y Ramiro. Los nombres de los nietos no los ha encontrado, pero eso no es importante. Si alguien le pregunta, dirá que es un compañero de trabajo, uno de sus subordinados. No tiene por qué saber el nombre de los nietos. Con aquello será suficiente si alguien entabla conversación.

No tarda en detectar a la viuda. Apoyada en la pared, con la mirada perdida. Lleva el pelo envuelto en un pañuelo y se esconde tras unas enormes gafas de sol. Está sola. Es buen momento.

Se acerca hasta ella y, sin mediar palabra, la rodea con sus brazos. La viuda se deja llevar y no pregunta —no suelen hacerlo—, solo se deja abrazar. Él tampoco dice nada, se limita a mirarla, a recrearse en cada detalle. A escasos centímetros, se recrea oliendo su piel. En esos momentos, todo el mundo huele igual.

Al cabo de unos minutos, deshace el abrazo. Ella musita algo en voz baja, casi inaudible. No quería irse, dice. ¿Por qué? Llévame a mí, Señor, llévame a mí. Después rompe a llorar.

Él no quiere llamar la atención, así que prefiere alejarse. Se sienta en una silla en un rincón. Allí pasará inadvertido.

Observa en silencio a los asistentes durante algunos minutos. La viuda reposa ahora en los brazos del que debe ser su hijo. Cuatro hombres charlan con una cerveza en la mano, los del *catering* han hecho bien su labor. Tres ancianas rodean el féretro mientras lanzan suspiros entre aspavientos, no cesan de llorar un segundo. Un bebé gatea inseguro bajo la mirada de varias mujeres. Un par de adolescentes, arrimados a la mesa del *catering*, no paran de engullir sándwiches y medianoches de jamón y queso. Algunas parejas permanecen de pie en silencio. Un niño juega con un teléfono móvil.

En realidad, ellos son lo de menos. El aire fluye denso, cargado. En todas las miradas puede distinguirla. Las conversaciones dan igual, incluso las lágrimas. A saber si son sinceras. Lo único sincero aquí flota en el aire. Puede percibirse sin demasiado esfuerzo. Nítida y clara. Las paredes ocre, los sofás mullidos, incluso los sándwiches de jamón y queso. Todo es lo mismo. Hablan de fútbol, del bebé, del último examen de mates. Nada es real. Solo existe su olor inundándolo todo. Ese olor.

La viuda rompe a gritar esta vez. ¿Por qué? ¡Llévame a mí! ¡Llévame a mí!

Él está empezando a ponerse nervioso con la cantinela. Se levanta de golpe y se acerca al ataúd. Las viejas de los aspavientos siguen pegadas. No hay manera de tener un poco de intimidad con el muerto. Intentando evitar su mirada, se agacha sobre el cadáver y toca sus manos. Están heladas, rígidas. Lo habitual. Su cuerpo se estremece al contacto con la piel del difunto. Por unos segundos, puede sentirla de nuevo. Esboza una amarga sonrisa. Quizá sea lo único que le da algo de sentido a su vida. Si es que esto puede llamarse vida.

La tormenta se ha desatado y la lluvia golpea con violencia el tejado del tanatorio. Se escucha algún trueno. Él mira el rostro del muerto —relajado, sereno, en paz— y siente envidia.

No debe abusar, así que vuelve a sentarse en la silla del rincón. Cabizbajo. Un poco más tranquilo tal vez.

La viuda en un arranque de rabia se abalanza entre lágrimas sobre el féretro. ¡Llévame a mí! ¡No es justo! ¡No es justo!

Cuando la escucha decir el último *llévame a mí*, toma una decisión. Tarde o temprano, la viuda irá a dar un paseo ella sola. Siempre lo hacen. Necesitará un poco de aire y saldrá a caminar. Es la primera vez que va a hacer algo semejante. Un impulso. No lo piensa demasiado. Esta noche está especialmente sensible. Hoy se cumplen tres años sin ella.

Sentado al final del pasillo, tan solo tiene que esperar dos horas y cuarto. La puerta de la sala siete se abre y la viuda sale sin compañía, como había previsto.

Los pasillos son largos, oscuros, y a estas horas están desiertos. No será difícil abordarla sin que nadie lo vea. La mujer camina despacio, medio zombi. Se acerca sigiloso y la sujeta con rapidez por detrás. Ella se sobresalta pero no tiene tiempo de decir nada, una mano helada le cubre la boca. Él permanece quieto, sujetándola con firmeza.

Puedo matarte ahora mismo, le susurra al oído.

La viuda comienza a llorar —o más bien continúa haciéndolo, aunque el motivo ahora sea otro—, las piernas le ceden y, de no ser porque él la sostiene, caería en redondo sobre la moqueta.

¿De veras quieres reunirte con tu esposo?, le pregunta.

Ojalá alguien le hubiera hecho a él una oferta así alguna vez.

La viuda está temblando, balbucea palabras inconexas bajo la mano. Él afloja un poco la presión para dejarle hablar.

Por favor, solloza, no me mate.

Y él deshace el abrazo. A pesar de todo, la entiende. Ella se derrumba contra el suelo, como un animal muerto. Se levanta a trompicones y comienza a correr a duras penas. Ni siquiera mira hacia atrás. A pesar de todo, la entiende.

Decide marcharse. Es tarde. Sale del tanatorio despacio, en silencio. Se abrocha la gabardina negra, fuera hace frío y está oscuro. A pesar de la fuerza con que cayó la tormenta, el suelo está casi seco. Hoy hace justo tres años.

Camina con lentitud. Cabizbajo, arrastra los pies. De vez en cuando alza la mirada unos segundos, pero en seguida vuelve a bajarla. Es noche cerrada. Todo está vacío. Cuando llega a casa, aún está oscuro. Se mete en su piso desierto y baja las persianas. Nada se filtra del exterior, solo unas horas más tarde se llenará de vida.



RECUERDOS ANCLADOS

Querida madre:

Hace tanto que no escucho su voz que no sé si tiene ya mucho sentido escribirle, pero necesitaba expresar lo que aún siento, no puede usted imaginarse cuánto la echo de menos. Me voy haciendo mayor, poco a poco, casi sin darme cuenta, y me duele que no estemos juntas, construyendo recuerdos de la mano, como siempre debió ser.

Anoche paseaba por el pueblo y un olor llamó mi atención. No sabría decir con exactitud de qué se trataba, una mezcla de orégano y laurel, creo. Me hizo recordar aquellos guisos que nos preparaba usted. A mí me encantaba observarla en silencio todas las tardes, a la vuelta de la escuela, desde una esquina de la cocina. Me reconfortaba verla moverse, madre, con sus manos curtidas, cocinando para nosotras. El tiempo nos lo robó todo después.

Siempre fui muy cabezona, bien lo sabe usted, y aunque tal vez debiera haberme dado ya por vencida, no pienso hacerlo. El dolor se torna más intenso así, quizá debiera olvidarlo todo y respirar tranquila, pero no puedo, madre, no puedo.

Una hija y su madre no deberían pasar tanto tiempo sin verse, no está bien.

En el altar, el día de mi boda, sentí sus brazos rodeándome, la calidez de su cuerpo junto al mío, como cuando era una niña. Sus manos acariciaron mis mejillas secando la humedad y no pude explicarme por qué no estaba usted allí. Me pregunté, madre, por qué no estaba, qué era aquello más importante que acompañar a su hija el día de su boda, ¿tan valiosos eran los ideales?

La culpabilicé muchos años por todo lo sucedido. Sé que es injusto, madre, pero fue así. Necesité mucho tiempo para empezar a comprender que usted no pudo hacer nada por evitarlo, yo era una niña y demandaba una madre junto a mí, y la odié por no darme lo que las otras tenían.

Hoy me avergüenzo de haber pensado todo aquello. Ahora todo se ve más claro, los años han ido poniendo todo en orden y la serenidad de que usted no tuvo ninguna culpa hace tiempo que me acompaña.

Fue el horror el culpable de todo, madre, ni siquiera ellos. No podría condenarlos, no les guardo rencor. Fue el horror, no se puede culpar a ningún otro.

Es la única palabra que acude a mi mente al recordar el día que se la llevaron. Cuando vi a padre llorando, supe que algo grave había pasado, él no lloraba por cualquier cosa. Me mostró la vida sus garras por primera vez y yo, inocente, no pude sospechar que jamás volvería a verla. Padre intentaba consolarnos pero sus ojos no fueron capaces de mentirnos. Jamás podré olvidar su mirada, aquel día nos hicimos mayores de golpe.

Madre, sabe Dios que he hecho todo lo posible por encontrarla, incluso a punto he estado de lanzarme al monte con una pala yo misma.

El horror, madre, él nos separó, las guerras entre hermanos.

Media vida refugié mi pena en el odio, y ahora me toca vivir con mi propia vergüenza. ¿Cómo pude culparla, madre? ¿Con qué derecho? No sé cómo pude vivir con tales sentimientos. Ahora

intento limpiarme, limpiar su nombre, compensarla por tantos años en el olvido. La encontraré, madre, necesito encontrarla.

No me daré por vencida, aunque ya nadie crea en nosotras, aunque nos nieguen la verdad, aunque mis nietos piensen que estoy loca, no dejaré de buscarla. Sabe que he hecho lo imposible por encontrarla, no soporto la idea de saberla perdida Dios sabe dónde. Aún mantengo la esperanza, a pesar de todo.

Hoy necesitaba escribirle, madre, decirle que no me he olvidado de usted, que seguiré buscándola mientras las fuerzas me dejen. Su ausencia ha marcado cada uno de mis días. El tiempo no siempre cura las heridas.

Seguramente sea poco ya lo que me queda por aquí, pero antes de irme, espero algún día poder ver su cuerpo reposando junto a padre, descansando por fin tras tantos años. Mientras tanto, solo puedo cerrar los ojos y soñar, dejarme llevar por ese aroma mezcla de orégano y laurel que pretende, traicionero, hacerme creer que el horror jamás vino a visitarnos.



INCRÉDULO

Descargó su furia de un puñetazo contra la pared. Lo que no esperaba es que esta se fundiera con su brazo. Nadie lo ha vuelto a ver.



MIEDOS

Diego abrió la puerta de casa despacio y arrastró los pies hasta el interior. Eran las siete de la tarde y el sol entraba mortecino por las ventanas. Dejó caer la chaqueta en el sofá, se aflojó la corbata. Entró en el servicio y, tras encajar el tapón de la bañera, abrió el grifo. Se observó en el espejo unos segundos y desvió la mirada.

Vació medio bote de jabón espumoso en el agua templada, que poco a poco iba subiendo de nivel. Se sentó en el borde. Desabrochó los cordones y se quitó los zapatos. Uno de los calcetines tenía un agujero que dejaba desnudo el dedo meñique. Se quitó la camisa, blanca con ligeros manchurrones grises a la altura de las axilas. No había tenido un buen día.

El agua ya casi rebosaba, así que cerró el grifo y metió la mano para comprobar que la temperatura fuese perfecta. Pero, al sumergirla, rozó algo áspero y la sacó bruscamente. ¿Qué mierda ha sido eso? La espuma ocultaba el interior pero podían intuirse ligeras corrientes que cambiaban de sentido. Como si alguien se moviese plácidamente bajo el agua. Cogió el palo de la fregona y lo metió hasta el fondo. Algo lo aprisionó. Él tiró hacia arriba intentando sacarlo a la superficie, pero fuese lo que fuese, se resistía con fuerza. Tras varios zarandeos, Diego desistió y dejó caer el palo, que enseguida se hundió entre la espuma.

Dudó por un momento entre vaciar la bañera o salir corriendo. Sin embargo, se quedó inmóvil, tan solo mirando el agua aterrado. Hasta que, de repente, el origen de su desconcierto decidió asomarse a la superficie. Un cocodrilo. Pequeño, quizá una cría. Un cocodrilo. Diego salió a toda prisa del baño dando un portazo. Se dejó caer en la cama temblando. ¿Qué está pasando? ¿Estoy volviéndome loco?

Se levantó y caminó a la cocina. Bebió un vaso de agua de un trago. Se sentó en un taburete. Se levantó. Se mojó la cara. Volvió a sentarse. Bebió otro vaso y regresó al dormitorio. La puerta del baño seguía cerrada. No había peligro. Juntó el oído a la puerta y escuchó los pasos del animal. Debía de haber salido de la bañera y estaría caminando tranquilamente por las baldosas.

No sabía qué hacer, pensó en llamar a alguien, pedir ayuda, pero la situación era absurda. No podría explicar qué hacía un cocodrilo en su bañera. Quizá me acusen de tráfico ilegal de animales. No, lo mejor será no llamar a nadie.

Decidió ignorarlo. ¿No había aparecido así, sin más, sin que nadie lo llamase? Quizá también desapareciera del mismo modo. Pero llegó la noche y las pisadas seguían oyéndose.

A la mañana siguiente, su despertador con forma de gallina cacareó como todos los días a las seis y media. No lo despertó porque Diego ya estaba despierto. Había dormido poco más de una hora en toda la noche. Todavía en la cama, fantaseó con la esperanza de que todo hubiese sido una pesadilla. Aunque en el fondo sabía que era real, por unos segundos se dejó llevar por la ilusión de que solo había sido un mal sueño.

Finalmente se levantó. Dejó el baño grande cerrado con el cocodrilo dentro y se metió en el pequeño a darse una ducha rápida. Antes de marcharse a trabajar, pensó que el cocodrilo debía de tener un hambre voraz. Allí encerrado no tenía nada que llevarse a la boca. Cogió unos filetes de pollo que tenía en la nevera y abrió una rendija en la puerta del baño para lanzárselos al reptil. Volvió a cerrar con rapidez y se marchó a la oficina.

Sentado en su mesa, frente al ordenador, consiguió olvidarse a ratos del cocodrilo mientras se concentraba en llevar las cuentas financieras de la empresa.

Cuando llegaron las seis de la tarde, sus compañeros apagaron los ordenadores y se marcharon. No me esperéis, yo hoy me quedo un rato más que tengo trabajo pendiente. Gastó dos horas jugando al solitario en el ordenador. No se fue hasta que llegó la de la limpieza y le preguntó extrañada qué hacía allí todavía. Nada, cosas mías, ya me marchó.

Cuando abrió la puerta de casa, ya era de noche. Al entrar, afinó el oído. Todo parecía tranquilo. Quizá haya desaparecido, tal vez ya no esté. Se acercó hasta el baño y pegó la oreja a la puerta. La madera estaba fría. Sí, allí seguía. Maldita sea. No había ninguna duda. Y a juzgar por el sonido grave de sus pisadas, parecía que su tamaño fuese mayor. Estuvo varios minutos con la oreja pegada intentando adivinar qué estaría haciendo el animal. Hasta que escuchó algo que lo dejó petrificado. El cocodrilo no podía nadar y caminar a la vez, o estaba dentro de la bañera o estaba fuera. Pero él escuchaba chapoteo en el agua y pasos en las baldosas. Había dos. No puede ser, estoy soñando.

Aquella noche, acurrucado en la cama, tapado hasta las orejas con un edredón verde de animalitos que tenía desde niño, durmió menos incluso que la noche anterior. Apenas quince minutos.

Cuando el despertador en forma de gallina cacareó insistente anunciando que ya eran las seis y media, lo primero que hizo Diego, tras levantarse, fue abrir el congelador y sacar toda la carne —tres filetes de cerdo y un redondo de ternera— que guardaba dentro. Abrió la puerta del baño y, lo más rápido que pudo, lanzó todo al interior. Por un instante, vislumbró uno de los cocodrilos. Era inmenso, quizá midiera dos metros. Mucho mayor sin duda que el que había visto nadar plácidamente en su bañera dos días atrás.

Ya en la oficina, delante de una pantalla que le hablaba de números y finanzas, él solo podía pensar en los cocodrilos. Llegaron

las seis y los compañeros se fueron a casa. Ando liado hoy también, no me esperéis. El solitario lo acompañó hasta que la de la limpieza volvió a encontrarlo en idéntica posición a la del día anterior.

Salió de la oficina y deambuló durante un rato. Al volver a casa, desde el umbral de su cuarto, descubrió aterrado dos cocodrilos que dormían plácidamente entre las sábanas. La puerta del baño estaba abierta. Un tercero chapoteaba en el interior de la bañera y bajo la cama asomaba la cola de un cuarto. Quién sabe si habría algún otro. Cerró la puerta del dormitorio, desesperado.

Quizá alguno podría haber escapado a otra habitación. Armado con un cuchillo jamonero algo oxidado, Diego recorrió uno a uno todos los cuartos de la casa y no encontró ningún reptil. Parecía que, al menos, todos estaban encerrados en el dormitorio. Mientras no salgan de ahí, no hay problema. En una de las habitaciones, había una cama pequeña. Aunque se le salían los pies, podría servirle para pasar la noche.

Cuando escuchó el sonido lejano del cacareo del despertador, ya estaba vestido y desayunado. No había pegado ojo en toda la noche. No quedaba nada de carne en la nevera, así que cogió las magdalenas, bizcochos y galletas que guardaba en la despensa y abrió la puerta del cuarto apenas dos o tres segundos. Los suficientes para lanzar todo dentro. Ni siquiera miró pero el ruido de dentro parecía cada vez mayor.

A mitad de camino hacia la oficina, llamó y dijo que estaba enfermo. No iría a trabajar. En su lugar, se fue a pasear por El Retiro.

Se sentó en un banco en una zona por la que apenas pasaba gente. El cielo estaba lleno de nubes grises. Cuanto más pensaba en los cocodrilos, más bloqueado se encontraba. Jamás podré con ellos.

Las primeras gotas de lluvia lo encontraron acurrucado en el banco. No se inmutó. Solo se encogió como un bebé. La tormenta se

desató con fuerza y él permaneció quieto, completamente inmóvil, soportando la violenta descarga de agua. Su mente se hallaba presa en el dormitorio gobernado por los cocodrilos. ¿Quién sabe cuántos habrá ya a estas horas?

Cuando el sol comenzó a apagarse, no tuvo más remedio que marcharse del parque. Estaba empapado hasta los huesos. Deambuló por las calles mirando escaparates sin prestar atención. Todas las tiendas iban cerrando y él seguía recorriendo la acera perdido. Observó en una agencia de viajes un cartel que anunciaba un exótico viaje a Tanzania. Como reclamo para turistas, aparecía la foto de un gran león rugiendo. Y junto a él, un cocodrilo. Un cocodrilo. Un cocodrilo. Diego comenzó a correr hacia su casa. Un cocodrilo. Corría con toda la velocidad que sus piernas le permitían. Tengo que acabar con ellos. No puedo dejarles que me quiten mi casa.

Envalentonado giró la llave en la cerradura pero al empujar la puerta para entrar, algo se lo impidió. Apenas pudo moverla tres o cuatro centímetros. Los suficientes para descubrir las escamas de un cocodrilo que reposaba tranquilo junto a la puerta. Las manos le temblaban —no habían dejado de hacerlo en todo el día—, se dejó caer en el suelo del descansillo, junto al felpudo donde podía leerse «Bienvenido a mi hogar». Se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar desesperado. Jamás me libraré de ellos. Llamó al timbre de los vecinos, él solo ya no podía hacer frente a aquello, necesitaba ayuda, pero nadie respondió. Pulsó el botón del ascensor y cuando se abrió, encontró otro cocodrilo en el interior. ¡Maldita sea! ¡Están en todas partes!

Bajó las escaleras saltando los escalones de cuatro en cuatro. Entre el segundo y el primer piso, resbaló y fue a chocar contra el suelo. Se levantó y siguió bajando a la carrera. Llegó al portal y salió a la calle. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Lo que sí vio fue otro cocodrilo que paseaba tranquilamente por la acera. Corrió hasta el coche. La llave no parecía querer entrar en la cerradura. Tras varios

intentos, abrió y se metió dentro. Echó el seguro de las puertas y arrancó.

Varios cocodrilos lo miraban desde la calle, sin apenas moverse, como preguntándose el porqué de su prisa. Hasta siempre, bichos asquerosos. Diego aceleró sin mirar atrás. Tomó una de las autopistas radiales que huían de la capital, la primera que encontró. Tenía el depósito lleno.

Condujo durante horas sin apartar la vista del asfalto. No leyó ni un solo cartel que indicara el destino de la carretera. Cuando la luz de la reserva se encendió, Diego tomó una salida en la que se anunciaba un hostel. Desconocía su paradero. Ya casi estaba amaneciendo y el día había despertado soleado. Se miró en el espejo retrovisor y sonrió. He vencido.

Pero antes de bajarse del vehículo, escuchó un ruido extraño procedente del maletero. No puede ser. Cualquiera habría pensado que era una locura, pero él supo enseguida que se trataba del coleteo de un pequeño cocodrilo intentando abrirse camino hacia él.

Se bajó y comenzó a golpear el maletero con violencia. Descamisado, gritó con desesperación mientras la emprendía a patadas y puñetazos contra el coche. A los pocos minutos, quedó exhausto y se dejó caer derrotado junto al vehículo. El ruido no había desaparecido. No puedo más. Se levantó y observó el maletero intentando imaginar cómo sería el cocodrilo que se movía en el interior. Por fin, se decidió a abrirlo. Era pequeño, quizá una cría, pero Diego sabía que no tardaría en hacerse grande.

Lo miró a los ojos. Sus dientes eran afilados pero parecía relajado. Continuó examinándolo durante algunos minutos. Poco a poco, fue tranquilizándose. Acarició despacio su piel. Áspera y fría. Familiar. Dejó escapar una leve sonrisa.

Cerró decidido el maletero y se metió en el coche. Después buscó una gasolinera para llenar el depósito, el viaje era largo.

Antes de tomar la autopista, paró junto a un supermercado y compró algo de verdura, tenía la nevera vacía. Entró en el coche tranquilo. Se miró en el espejo retrovisor y dejó escapar un suspiro. Arrancó, se colocó la camisa y emprendió rumbo de vuelta a casa.

